



La otra vida

HAY OTROS mundos pero están en éste, decía Paul Éluard. No comparto ese funambulismo pero lo que sí compruebo es que hay otra vida, aquí y ahora, abierta para quien quiera compartirla. En el 2000 Monón, un caserío del concejo de Allande, en la alta Asturias, tenía quince almas; hoy quedan ocho, cada cual en su casa tejada de pizarra, con su panera y su hórreo, engullidos plácidamente todos por ese paraíso entre altas montañas cubiertas de bosque y matorral que deja entrever allá arriba, entre cendales de neblina, la vasta mancha rosa de los brezales y el amarillo del tojo. Vivir en paz en la reconfortante soledad, trajinando con el ganado u ofreciendo morada al turista, aparejando los muros con piedra nueva y cubriendo las aguas con lajas, como Elías, que ha dejado su dirección de hotel para recuperar su paisaje, o Laura que lo mismo arrea vacas que atiende los pucheros, como Fermina y su hijo mudo que ven pasar los días en el silencio apacible, y aquellos otros dos que apenas oigo, trajinando sin prisa en su vieja morada. Hay otra vida, cerca, ahí mismo, a trasmano de la rutina urbana, ajena a su vehemencia y compromisos, como un paraíso recobrado en la sencillez de la naturaleza, la opción de un adanismo saludable que vive por sus manos y come en paz su pan. Dos halcones proclaman la libertad antigua planeando altos como dos circunflejos sobre nuestra perplejidad de urbanitas. Nos han engañado. Hay otra

Hay otra vida ahí mismo, al alcance de la mano. La civilización consiste en este periódico descubrimiento

vida ahí mismo, al alcance de la mano. La civilización consiste acaso en este periódico descubrimiento.

El río requiebra invisible desde allá abajo a los castaños en flor, al botín futuro de los frutales aún an agraz, la mata de poleo que pone su acento morado entre los matos de ortigas, se oye el trajín en el remanso y el mujido lejano del ganado que pasta indiferente. Desde las cumbres se descuelga la brisa sanadora que orchestra una infinita sinfonía en las copas del árbol de la vida, de esa vida que no imagina el pálido urbanita abrumado por el telediario, que vendió hace mucho el privilegio de su naturaleza por treinta inútiles monedas y se asoma sorprendido al edén insospechado. Hay otra vida pero está ahí mismo, lentísima, benigna, sencilla, ajena por completo al ruido y la furia, al desvelo inservible y a la ambición del hombre. Volvamos, que ya es hora. Allá se quedan Elías y su mujer, Fermina y su hijo, mínimos y contentos en la inmensa escena de su mundo feliz.